

la novela **frivola** Cinematografica



N.º **Las apariencias engañan**

31

por Lia Eibenschutz Alphons Fryland

30 ct



SEITZ, Franz

La Novela Frívola Cinematográfica

Publicación semanal de películas frívolas

Año II Director: FRANCISCO - MARIO BISTAGNE N.º 31

* Die Keusche Kokotte Las apariencias engañan

1928/
29

Delicioso asunto, interpretado por
Lia Eibenschutz, Mary Delschaft,
Otto Gebühr y Alfons Fryland.

Exclusiva de

E. González - Emelka - Madrid

Para Aragón, Cataluña y Baleares

Viuda de E. Fius

Rambia Cataluña, 44

BARCELONA

Ediciones BISTAGNE

Pasaje de la Paz, 10 bis - BARCELONA

Postal obsequio: FEE MALTON

Script "Seris" Germania, 61. 114

Las apariencias engañan

Argumento de la película

El elegante establecimiento Pigmenti, consagrado a las artes embellecedoras del tocador, se veía siempre frecuentado por un público selecto.

Entre sus clientes figuraba el conde Sorrenti, cuya juventud y riqueza hicieron que se creyese a sí mismo irresistible para las mujeres.

La manicura Mary Meier, cifraba en el apuesto condesito toda su ilusión de amor. Se sentía feliz cuando tenía que prestarle sus servicios. Le miraba dulcemente, sin que el conde, enfrascado en la lectura de alguna revista, parase atención en la humilde dependienta.

Entre los que visitaban aquel mágico laboratorio de belleza se hallaba también el matrimonio Saaden. Ella, esposa del cónsul americano,

era modelo de frivolidad de buen tono, de esa frivolidad que se enorgullece de menospreciar la vida y goces hogareños. El marido era hombre fuerte de cuerpo y de espíritu no obstante haber doblado la curva de los cincuenta años.

Una mañana el cónsul Saaden mientras le afeitaban en la peluquería Pigmenti, leyó una noticia que le hizo sonreír.

—Tiene gracia, ¿verdad?—dijo al Fígaro—. El periódico anuncia un baile en mi casa sin que yo tenga de ello la menor noticia.

—¡Curiosísimo, señor cónsul!

Mientras tanto, la señora Saaden se hallaba junto a la puerta hablando con el señor Pigmenti.

Sorrenti a quien estaban acicalando en el salón, contempló a la consulesa por el espejo y quedó admirado de la belleza de aquella mujer.

Cuando ella sin fijarse en el conde desapareció, Sorrenti llamó al señor Pigmenti y le preguntó en voz baja quién era la desconocida.

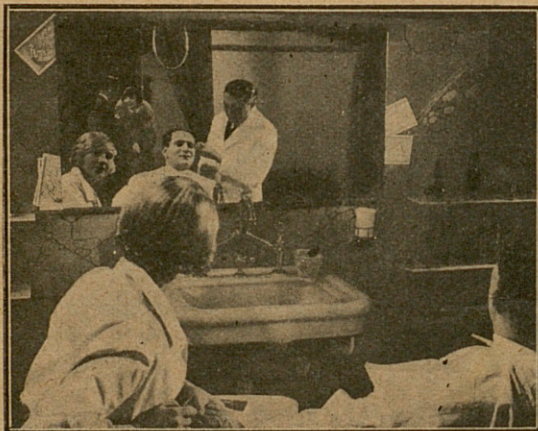
Informado de su nombre, cogió un lápiz y trazó en un papel unas líneas, con la consiguiente desesperación de la manicura Mary que celosa tuvo que esperar a que el condesito acabase.

Sorrenti escribió:

El conde de Sorrenti sería muy feliz si pudiese decirle de palabra la impresión que vuestra belleza le ha causado.

Puso el papel dentro de una revista y dijo a la manicura:

—Haga el favor de ir al departamento de señoras y entregar a la señora Saaden esta revista.



...quedó admirado de la belleza de aquella mujer...

La joven obedeció a regañadientes, mientras que el cónsul Saaden, bien ajeno a que le estaban cortejando la esposa, salió de la peluquería, listo ya de su diaria "toilette" matinal.

Mary entregó a la condesa el periódico y luego regresó al lado del condesito.

No tardó otra manicura en devolver al conde

la respuesta. Dentro de la misma publicación y debajo del papel en que había escrito su corta declaración de amor, la señora Saaden había puesto estas líneas concluyentes:

¡Es usted un fresco!

Pudo Mary leer por encima aquella contestación y sintió una profunda alegría... Y mientras seguía frotando las uñas de su cliente, nada impedía a su fantasía volar por más bellos paisajes...

¿Conseguiría alguna vez el amor de aquel muchacho que era la ilusión más grata de su vida?

* * *

El señor Saaden regresó a su casa encontrando a numerosos operarios que realizaban el adorno de los salones. Cuando llegó su mujer, ésta le informó.

—Se me había olvidado advertirte que la semana próxima damos un gran baile.

—¡Ah, bien!

Y él lamentó interiormente el constante afán de frivolidad de su esposa, que sólo vivía para fiestas, saraos, recepciones, sin acordarse para nada de su hogar.

El día siguiente era domingo y Mary en compañía de unas amigas fué a unas vecinas montañas donde se cultivaba el deporte del patinaje.

Su emoción no tuvo límites al ver aparecer

por uno de los caminos al condesito Sorrenti, en compañía de una muchacha de la alta sociedad.

Mary, dispuesta a todo para entablar conversación con él, corrió hacia el sitio donde Sorrenti estaba y se echó al suelo simulando haber resbalado sobre la nieve.

El conde la miró con indiferencia y le dijo con el orgullo del hombre superior que nada quiere con la gente humilde:

—Es casi tan difícil patinar como pulir las uñas, ¿verdad, señorita?

Y dando el brazo a su pareja partió de nuevo mientras Mary en un acceso de indignación se echaba a llorar maldiciendo su pobreza que le apartaba de los ojos de galán tan suspirado.

Varios días después, se celebró en casa de la señora Saaden la fiesta organizada por ella y que era un modelo de frivolidad mundana.

Baile de máscaras, alegría sin límites, atrevimientos, audacias bajo la careta...

Los flirteos de la dueña de la casa eran también del más refinado buen tono... según ella.

Escuchaba con agrado las galanterías de sus adoradores. Pero, en el fondo, a pesar de su temperamento divertido, era una buena mujer.

El jazzband, la gritería insustancial y el jolgorio por muy elegante que fuese, atacaban los nervios del pacífico señor cónsul que encerrado en su despacho sufría todos los ecos de la fiesta.

El bueno del cónsul era amante de la tranquilidad y suspiraba por la felicidad hogareña.

Mas, por bondad de carácter, nunca se opuso a los caprichos de su esposa.

El griterío aumentaba, y Saaden fué a dar una vuelta por aquellos salones donde reinaba la locura.

Vió de pronto a su mujer sentada en un oculto rincón en compañía de un caballero que le musitaba tiernas frases al oído.

Aunque su rostro impasible nada reflejase, no le hizo mucha gracia el peligroso camino por donde la frivolidad arrastraba a su esposa.

Dióse ésta cuenta de la presencia de Saaden y corrió hacia él con dulce sonrisa.

—Ten cuidado, Laura—le dijo el marido con severidad—. Es peligroso bordear el abismo. Cualquiera puede resbalar...

—¡Mira que sales ahora con unas cosas!... ¿Es que no puedo divertirme?

Y sin esperar contestación, se apartó de él y aceptó bailar con otro caballero que tiernamente le pedía el honor de un tango.

El cónsul suspiró tristemente... ¡Ah, si pudiera hacer acabar para siempre aquella vida inútil de Laura! Y se retiró a dormir, sin que su sueño pudiera ser tranquilo. La conducta de su mujer comenzaba a inquietarlo seriamente.

A la mañana siguiente, la manicura Mary se dirigió a casa de los señores Saaden a fin de prestarle como otras veces sus servicios.

—La señora está acostada todavía—le dijo la doncella—. Hasta dentro de una hora no puedo despertarla. Puede esperar si quiere...

—Aguardaré.

Entró en la salita tocador, dispuesta a aguardar a la dama.

A poco se fijó en un hermoso traje blanco que había sobre un diván y que la señora Saaden había vestido para la fiesta nocturna.

Lo acarició con verdadero amor, suspirando por tener un vestido tan espléndido como aquel.

Sintió la coquetería irresistible de ponérselo unos instantes, de contemplarse en el espejo a ver si estaba muy bonita con él.

Cerca, en la contigua habitación dormía aún la señora... Entró Mary y vió que Laura reposaba dulcemente.

Podía vestirse sin que la descubrieran... Y poseída de gran ilusión quitóse el traje y púsose el precioso vestido bordado.

El cónsul había entrado por otra puerta quedando junto a unas cortinas al ver como la muchacha aparecía por unos instantes semidesnuda y se vestía luego un traje de la señora Saaden.

Sonriente, avanzó hacia la estancia, y Mary le vió por el espejo. Volvióse asustada, roja como la grana.

—¡Perdón!—dijo ella mirándose el vestido que no le pertenecía.

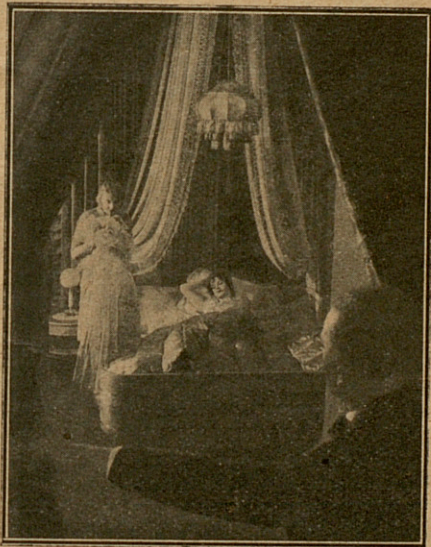
—¡Ah, vamos! ¡La reconozco! La señorita Mary, manicura de Pigmenti...

—Yo no quería...

—¡Quítese inmediatamente ese traje!

—Pero, señor... No vaya usted a creer...

El cónsul sonrió... Miró a aquella muchacha que seguramente deseaba el lujo, las cosas bonitas, los trajes encantadores... Y en el acto se le



...Laura reposaba dulcemente.

ocurrió un ardid, algo complicado, pero que resultaba infalible para instaurar en su casa la paz del matrimonio.

—Vístase en seguida y salga de aquí. Tenemos que hablar. La espero en el corredor...

Y procurando hacer el menor ruido posible para que la esposa no despertara, salió del tocador.

La manicura cambiósse de traje en un santiamén y salió de la estancia, dirigiéndose, con el señor cónsul, hacia el despacho de éste.

—Comprenderá, señorita, que su conducta merece un duro correctivo...

—Perdóneme, señor. Le juro que no lo hice con mala intención—contestó, angustiada—. Sólo quería ver cómo me sentaba aquel traje tan bonito.

—¡Coqueta!

—¿Qué quiere? Yo siempre he soñado en ir muy bien vestida, en tener muchos trajes elegantes. No pude resistir la tentación.

—De usted depende que sus sueños se conviertan en realidad.

—¿Pero cómo?

—Acepte usted mi protección. Seré un amigo generoso y poco exigente.

—¿Qué pretende de mí?

—Simplemente, yo necesito dar celos a mi mujer para que ésta dejando a un lado su vida superficial e inútil, piense un poco en la felicidad del hogar. Y si usted se presta a esa comedia—fíjese, sólo será comedia—, yo le daré trajes, joyas, una casa espléndida y todo cuanto puedan apetecer sus ensueños.

Emocionada ante aquella proposición que iba a dar realidad a sus ilusiones de riqueza, contestó:

—¡Eso es maravilloso! Pero lo que usted me propone es necesario pensarlo detenidamente. ¡Concédame tiempo para ello! ¡Dos días por lo menos!

—Encantado... Y seguro estoy de que usted ha de aceptar mi farsa.

Volvió la muchachita al tocador de la señora Saaden. Esta se había ya levantado y la riñó por su tardanza.

Excusóse la joven alegando haber tenido trabajo, y mientras le arreglaba las uñas, no podía ocultar la impresión que la propuesta del señor cónsul le había causado.

¡Una vida espléndida, trajes, lujo!... ¡Qué felicidad!

* * *

Transcurridas cuarenta y ocho horas y deseo Mary de vivir unos días de aventura, aceptó la proposición del cónsul.

El señor Saaden alquiló para Mary un moderno hotelito situado en los alrededores de la ciudad, equipándolo con un mobiliario espléndido.

Mary se despidió de la tienda y quedó definitivamente instalada en aquella mansión que a ella le parecía de encanto.

Tenía automóvil a su disposición y trajes y abrigos numerosos. La fortuna del señor Saaden llegaba para todo.

Pasaron unos días sin que ocurriera nada importante. Pero Mary comenzaba a temer por lo que había hecho.

¿Sería verdad lo de los celos del cónsul? ¿No querría éste convertir en amiga, en amante suya, a la manicura? ¡Ah, eso no estaba dispuesta a tolerarlo la honrada muchachita!

Un día dirigióse a la tienda del señor Pigmenti donde su presencia causó sensación afilando las lenguas murmuradoras.

Mary saludó a todo el mundo y habló con otra manicura de la casa, la señorita Lili a quien invitó al día siguiente a ir al hotelito donde le explicaría la verdad de su situación... Y Lili le prometió no faltar.

Entretanto el cónsul daba un nuevo paso para la obra comenzada. Escribió a máquina esta cartita:

Querida mía: ¿Aun no se dió cuenta de que su marido la engaña? El señor cónsul sostiene a una linda joven que fué manicura en casa de Pigmenti y hoy, gracias a la liberalidad de su protector, ocupa un suntuoso hotelito en la Avenida de los Sauces 407.

Una buena amiga

Tiró al correo la carta esperando con ansia las consecuencias. Tal vez Laura cuando se enterase del lío, se preocuparía algo más de conservar el amor de su marido.

Al otro día, Laura recibió el anónimo, leyéndolo varias veces, sin poder dar crédito a su contenido.

¡Su marido tenía una amiga! ¿Pero era posible? Aquel hombre tan bueno, tan noble, en-

redado en líos de falda y traicionando a su mujer? Eso era indudablemente una calumnia...

Pero a última hora de la tarde, vió que Saaden, muy perfumado y peripuesto, se disponía a salir de casa.

—¿Dónde vas?—le dijo pensando si sería verdad el anónimo—. A esta hora nunca tuviste costumbre de salir.

—He de ver a unos amigos en el club—respondió, displicente—. Si tardo en volver no te preocupes.

Y marchó dejando a la esposa en plena marea de celos. ¡Le engañaba, le engañaba! Y furiosa, viéndose burlada de aquel modo, subió a uno de sus automóviles y guió ella misma a gran velocidad dirigiéndose a la casa de la Avenida de los Sauces.

Mary Meier desde su precioso hotelito había telefoneado poco antes al conde de Sorrenti. Deseaba saber de él... Le amaba tanto que quería enterarse de dónde estaba, pues tal vez la nueva situación que la vida creaba a la manicura daría a ésta ocasión para ver al condesito.

—El señor conde está en Saint-Moritz—le respondieron.

Y un infinito mal humor se apoderó de la manicura. ¿Por qué se hallaba tan lejos el hombre por el que ella sentía todas las ternezas de la primera pasión?

Llegó su amiga Lili a quien Mary contó todo lo que estaba ocurriendo.

—Hoy el cónsul ha quedado en venir—le di-

jo—. No sé realmente lo que pretenderá de mí. Tengo el alma llena de miedo. Por eso hice que me acompañaras.

—¿Por qué aceptaste?

—¿Qué sé yo? Un ansia de lujo... y también, sí, por mi desesperado y loco amor hacia el condesito de Sorrenti. Siendo algo más que una manicura, tenía mejores ocasiones para acercarme a él... Pero, ¿no oyes el timbre? ¡Ya está ahí! ¡Escóndete!

Lilí corrió a ocultarse y Mary salió al encuentro del cónsul.

Este habló afectuosamente con su amiguita preguntándole si se encontraba a gusto en aquel hotelito.

—Estoy muy bien. Pero desearía saber cuál debe ser mi misión en esta comedia—contestó, miedosa.

—Nada malo. Dar celos a mi mujer... ya veremos cómo...

Vió a través de la ventana que un automóvil se detenía ante el hotelito sin que descendiera nadie de él. Saaden descubrió que su esposa era la que guiaba el vehículo.

—Ya está ahí. Ya empieza a tener celos. Seguramente espera mi salida. Pues hay para rato—se dijo.

Luego mirando a Mary le dijo:

—Estoy muy fatigado y deseo que me permita echar aquí un sueñecito.

—¡Ya lo creo!

El cónsul echóse sobre un diván y Mary fué

a reunirse con su amiga Lilí para comentar la conducta extraña del protector.

Saaden durmió realmente. Al despertar vió que habían transcurrido tres horas. Eran las diez de la noche.

Llamó a Mary y le dijo:

—¿Está satisfecha? ¿Le agrada esta dorada jaula? ¿No siente deseos de tender las alas, de viajar?

—¿Viajar?—repuso la joven con emoción—. ¡Oh, sí! Debe ser tan bonito ver paisajes nuevos... cubiertos de nieve... Saint-Moritz, por ejemplo...

—Pues a Saint-Moritz iremos los dos.

Le estrechó cordialmente la mano y le dijo que volvería a verla al día siguiente.

Al llegar a la calle, vió todavía al coche de su mujer. Esta, fatigada, había acabado por dormirse ante el volante.

Saaden, riendo, prosiguió su camino... Y cuando unas horas después, despertó la señora Saaden, al ver que era ya media noche, regresó a su casa, lamentando no haber sorprendido al marido en plena infidelidad.

Y en su hotelito Mary decía a su amiga:

—¡Qué bueno es mi protector! Me ha prometido llevarme a Saint-Moritz donde está... ya sabes quién.

—Es un sueño de hadas lo que te ocurre.

—¡Si Saaden continuara tratándome así llegaría a quererlo como a un padre!—exclamó.

* * *

Al día siguiente, la señora Saaden vió a unos criados que preparaban un equipaje.

—El señor cónsul sale hoy para Saint-Moritz —la informó el mayordomo.

Herida por los más crueles celos, la esposa fué a pedir explicaciones a Saaden.

—Sí, me voy—respondió con elegante indolencia el marido—. Mi sobrina Mary, la que vive en Holanda y de la que soy tutor, me ha citado en Saint-Moritz y no puedo negarme a acudir a su llamamiento.

—Nunca me hablaste de esa sobrina.

—Es fácil que tengas razón. Ya sabes que fui siempre muy desmemoriado.

—¡Y yo aquí sola!

—¡Bah! Espero que no me echés de menos... Tienes amigos que te aprecian y sabrán disipar la tristeza que mi ausencia te causa.

Y por la tarde partió en el tren hacia Saint-Moritz en compañía de la manicura, convertida en su sobrina y loca de felicidad por ir hacia su sueño dorado... Y la señora Saaden quedó sufriendo el inexplicable abandono.

Instalados ya al día siguiente en el mejor hotel de Saint-Moritz, fueron por la tarde a tomar el te, el señor cónsul y su supuesta sobrina.

En otra mesa se hallaba el conde de Sorrenti

quien al ver a Mary quedó pálido de sorpresa.

¡La manicura allí! ¡Aquella humilde dependienta de casa Pigmenti en un hotel de millonarios!

Intrigado corrió a preguntar al "maître d'hôtel" quiénes eran los viajeros.

—Ella es sobrina del cónsul americano Saaden—le contestó.

¡El cónsul Saaden! Recordó que él había hecho una declaración amorosa a la consulesa con éxito bien poco satisfactorio... y precisamente en la peluquería donde la dependienta Mary prestaba sus servicios... Y ahora esta muchacha, o una muchacha idéntica a ésta, era la sobrina del cónsul... Y había que confesar que estaba preciosa la criatura...

La orquesta dejó oír uno de sus bailes, y el conde, decidido a aclarar el misterio, avanzó hacia la mesa del cónsul para bailar con la muchacha. Simultáneamente otro caballero hizo lo mismo.

Mary se echó a reír al verse solicitada por los dos y lanzando una mirada desdenosa a Sorrenti, escogió al otro por pareja.

El conde tuvo que regresar, malhumorado a su puesto, mientras Saaden sonreía viendo como Mary danzaba admirablemente.

Al segundo baile, el conde volvió a insistir, y esta vez, Mary, aceptó bailar.

Mientras danzaban, el conde le dijo mirándola con profunda atención, pero sin creer nunca que ella fuera la manicura:

—Se parece usted extraordinariamente a una señorita que yo conozco.

—¿De veras?—contestó, riendo.

—Le juro que es un parecido asombroso.

—¿Se puede saber quién es esa señorita?

—Se trata de... de la condesita Meier—dijo no queriendo confesar que conocía a una manicura.

—¿Meier y condesa? ¡Es gracioso!

—Se trata de un título nuevo, de creación reciente.

Sin volver a insistir sobre el parecido, Sorrenti, prendado rápidamente de los encantos de Mary, la hizo objeto de galanteos especiales que ella aceptaba con la complacencia de la enamorada de verdad.

Terminado el baile, el conde acompañó a Mary hasta la mesa y se presentó a sí propio al señor cónsul quien le acogió con toda afabilidad.

Tomaron el te juntos.

Entretanto, la señora Saaden, sin poder contener por más tiempo sus celos había tomado el tren en dirección a Saint-Moritz... ¡Quería conocer a la tal *sobrinita*!

Al día siguiente, Mary, ya en su habitación, recibió esta tarjeta de Sorrenti.

El conde de Sorrenti tiene el honor de invitar a la señorita Saaden a una corta excursión a través de la nieve.

Saaden entró en el cuarto después de pedir bondadosamente permiso. Ella le mostró la in-

vitación de Sorrenti y le consultó si debía aceptar.

—Son ustedes jóvenes... No me he de oponer a su "flirt".

—¡Ah, señor Saaden, he de confesarle que a veces tengo miedo!... ¿qué se propone usted hacer conmigo?

—Usted ya sabe que su presencia aquí es para dar celos a mi mujer. Estoy seguro de que mi Laura no tardará en llegar... Se trata de corregir a quien sin ser mala en el fondo, juega temerariamente con el peligro.

—Sí... sí...

—Puede, por consiguiente, estar tranquila respecto a mis verdaderas intenciones y disponer libremente de su corazón. Y espero me ayude de veras a conseguir mi objeto. Por lo demás, creo que yo voy queriéndola más que si fuese su verdadero tío.

—Y a mí ya me causa rubor confesarle que le estimo tanto como la más cariñosa de las sobrinas. Y eso, que debiera estar resentida con usted. No es agradable nunca servir para dar celos a otra mujer.

—Usted es muy buena, Mary, y me perdonará el obligarla a representar esta comedia. Si viene mi mujer, es preciso que delante de ella se muestre usted cariñosa conmigo y me permita tutearla.

—Bien... procuraré representar mi papel de *sobrinita*.

—No la detengo más. El condesito estará ya impaciente.

La joven dió un rápido abrazo de agradecimiento al cónsul y partió alegremente a reunirse con el hombre que amaba, mientras Saaden murmuraba con melancolía:

—¡Es deliciosa! ¡Lástima que no sea mi sobrina de verdad!

* * *

Al descender por la escalera que conducía al hall, vió Mary que subía la señora Saaden.

La dama avanzaba rápidamente y no vió a la manicura. Esta reponiéndose de su emoción, fué a reunirse con el condesito que la esperaba abajo.

Sorrenti había reconocido antes a la señora Saaden. Ya no le importaba esa mujer enamorado como estaba ahora de Mary.

—¡Es extraño!—dijo a Mary después de saludarla—. ¿Cómo no saluda a su tía? ¿No es esa que ha subido la escalera?

—Sí, pero estamos un poco distanciadas.

Los dos subieron a un trineo para dirigirse a lo alto de una montaña y poder realizar allí ejercicios con "skis".

La señora Saaden al llegar al primer piso preguntó cuáles eran las habitaciones del cónsul y de su sobrina.

Al saberlo frunció el ceño con disgusto. Una

habitación al lado de la otra, ¿eh? Y comunicándose seguramente por una puerta de escape... ¡Ah, infames!

—Me quedo con la habitación de mi sobrina—dijo entrando en ella—. Lleven el equipaje de la señorita a otra inmediata.

Después de haberse instalado en ella, abrió la puerta de escape y entró en el cuarto donde se hallaba leyendo tranquilamente el señor Saaden.

Este fingió sorprenderse al verla, aunque en realidad esperaba que se presentase. El plan se desarrollaba a la perfección.

—No puedes suponer lo que me alegro de que hayas venido. Conocerás a mi sobrina.

—Tu *sobrina* ocupa la habitación de al lado. La que ella ocupaba la he tomado yo—dijo.

—Muy bien... Todo me parece bien...

—Por cierto que veo que tu *sobrinita* es bastante inflamable aun hallándose entre nieve. Lee la tarjetita que he encontrado en su cuarto.

Y triunfalmente le mostró la tarjeta del conde Sorrenti con la feroz alegría de darle celos, de hacerle ver que su amiga "firtaba" con otros galanes...

Pero Saaden se echó a reír y dijo tranquilamente:

—¡Bah! ¡No tiene importancia! ¡Es una muchacha encantadora!

—¡Qué frescura!

Entretanto, Mary y el conde patinaban sobre la nieve... Mary cayó al suelo y dijo excusando su torpeza:

—Patino peor que una obrera cualquiera, una *manicura*, por ejemplo. ¿Verdad, señor conde?

El palideció... ¡Aquella alusión al oficio de *manicura*!... Pero no, no era posible que fuese la misma humilde dependienta de casa Pigmenti. Y considerando absurda la suposición, quiso rechazarla de plano...

Ayudó a levantarse a la joven y al hacerlo se desgarró un poco la piel de una uña... Ella le acarició tiernamente y aun imprimió en la uña cierto movimiento que indicaba el oficio de *manicura*. Pero todo en ello fué tan natural, tan sin malicia, que a pesar de nuevas y vehementes sospechas que crecieron en el corazón del conde, éste acabó por alejarlas como irreales.

¡Qué tontería! ¡Aquella era una muchacha aristócrata y no dependienta humilde de la ciudad!...

Y ella, comprendiendo su turbación, se gozaba interiormente en su sufrimiento, deseando que el conde le declarara su amor, lo que para ella sería su triunfo y hasta su venganza.

* * *

Regresaron a mediodía y se despidieron. Ella fué a reunirse en el comedor con los cónsules.

Saaden presentó sonriente a las dos mujeres.

—Tu sobrina... Tu tía...

Las dos se dieron friamente la mano, quedando Laura estupefacta al reconocer en aquella criatura a la *manicura* de Pigmenti.

¡Infames, infames! ¿Entonces era cierto lo que decía el anónimo? Saaden estaba en trato íntimo con la *manicura*...

¡Cuánta maldad! ¡Y presentar a aquella mujer como su sobrina legítima!

A punto estuvo de echarle una botella por la cabeza.

—¿Hizo buen viaje, señora?—preguntó Mary con indiferencia como si no reconociese a la señora Saaden a la que tantas veces había servido.

—Creo que debemos tutearnos todos... Entre familia...—repuso el cónsul.

Indignada por la audacia, Laura se levantó:

—Adiós. No quiero comer—dijo.

Y salió de allí, dispuesta a preparar sus maletas para abandonar el balneario donde tan villanamente la engañaban. No toleraba nuevas ofensas.

El señor Saaden y su sobrina comentaron los celos de la esposa... Todo iba bien... Tal vez en lo sucesivo Laura se cuidaría más de su marido...

El conde de Sorrenti llegó hasta ellos, y Saaden le invitó a comer en su compañía.

Alegremente transcurrió la reunión durante la cual el señor Saaden pudo adivinar que entre Mary y el conde se establecía la dulce intimidad del amor. Saaden se puso contento. ¡Magnífico! ¡Ojalá terminase la aventura conquistando su sobrinita un novio!

El conde había desvanecido totalmente sus sospechas... No, Mary no era la *manicura*. Ha-

bía en la sobrina del cónsul una soberana y aristocrática distinción inconfundibles.

Terminado el ágape, Saaden marchó dejando solos a los dos jóvenes.



...Saaden le invitó a comer...

Encontró a su esposa en una de las salitas del hotel, y ella le dijo violentamente:

—He decidido marchar.

—¿Por qué?

—La presencia de esa *sobrinita*, comprenderás que me ha de resultar insoportable...

—Son celos estúpidos...

—¿No tratas de retenerme?

—¿Para qué?

—Entonces, no hay duda de que estoy en lo cierto... Esa sobrina no es más que tu... amiga que tu... ¡Ah, qué asco!

Marchó furiosa, mientras Saaden se echaba a reír... ¡Laura se interesaba por él! ¡Gracias a Dios!

Laura volvió al comedor y vió en un rincón al conde y a Mary muy juntos, en tierna plática amorosa.

Escuchó. El decía:

—Desde la primera vez que la vi junto a su tío, una fuerza irresistible me atrae constantemente hacia usted.

—Me parece que exagera un poco.

—Le juro que no digo más que la verdad.

Laura, satisfecha por lo que creía una traición a su marido, corrió a buscar a éste para que viera cómo se arrullaban los tórtolos.

Saaden rió alegremente contemplando cómo los jóvenes se daban un beso.

—¿No sientes celos del condesito?—le dijo Laura—. ¿No ves cómo te engaña?

—¿Engañarme? No sé lo que pretendes decir.

—¡Bah! Veo que pretendes continuar la farsa de tu parentesco con esa... señorita... Estás en el mayor de los ridículos... Y, ea, no me mar-

cho, no quiero dejarte el campo libre para que cometas más locuras.

—Muy bien... muy bien... ¿Cuándo te convencerás de que ella es mi sobrina?



—Le juro que no digo más que la verdad.

Y se separó de su mujer, mientras Mary y el conde, ajenos al espionaje de que eran objeto, seguían viviendo el ensueño de un verdadero amor,

* * *

Más tarde Mary comunicó a su supuesto tío las inquietudes de su corazón. ¡Estaba enamorada, locamente enamorada de aquel hombre!

—Y sé que no seré feliz—repuso con melancolía—. Todo concluirá cuando él se entere de mi humilde condición.

—No hay que desesperar. El parece sinceramente enamorado. No se preocupe... La cuestión de intereses corre de mi cuenta.

Se separaron. Mary volvió a su habitación... Una camarera le dió el recado de que la señora Saaden la esperaba en su cuarto.

Fué a su encuentro dispuesta a representar bien su papel de rival...

—Es preciso que hablemos seriamente—dijo Laura—. Usted es la manicura de Pigmenti. Comprenderá que a mí no me engaña sobre la clase de relaciones que mantiene con mi marido.

Ella dispuesta a darle verdaderos celos de acuerdo con lo convenido con el cónsul, respondió:

—Si lo sabe todo será inútil que yo lo niegue. Le quiero y por nada del mundo renunciaré a su cariño.

Dos personas escuchaban aquella conversación. La una el señor Saaden que desde su cuarto oía atentamente la entrevista. La otra era el conde de Sorrenti que al pasar por el corredor y ver

entrar en aquel cuarto a la adorada se había detenido ante la puerta para enterarse de lo que se decía.

—¿Y no le da vergüenza engañar a su protector con el condesito de Sorrenti?—dijo Laura.

—No quiero escucharla más. Hago lo que me parece, ¿se entera?—respondió Mary.

Y salió de allí, mientras Sorrenti huía velozmente, aterrorizado por aquellas frases que acababan de demostrarle con brillante luz la triste verdad.

¡Engañado, miserablemente engañado! ¡Aquella mujer era la manicura! Y peor todavía... ¡Era la amante del cónsul! ¡Y él había respetado a aquella criatura como si fuese una señorita!

Desolado escribió en una tarjeta estas líneas y la hizo llevar a Mary. Decía así:

La espero a las cinco en el bar del hotel.

Sorrenti

Mary que estaba comentando con Saaden la dolorosa escena tenida momentos antes con la esposa, leyó extrañada aquella fría misiva.

—Voy a perder ese amor... Lo sospecho. Tal vez ese hombre haya adivinado la verdad.

—Vaya a hablar con él... Creo que ya he castigado bastante a mi esposa. Ahora me ocuparé de usted... Salvaré su felicidad... puesto que usted salva la mía haciendo que mi mujer se ocupe de mis cosas. Confíe en mí.

Mary marchó. Saaden llamó a un criado y le

ordenó fuese a advertir a la señora que la esperaba en otro de los departamentos del bar.

El conde de Sorrenti aguardaba a la antigua manicura en uno de los reservados.

Al verla entrar el joven la miró con extraordinaria frialdad y le dijo:

—¡Hola, señorita! La vida no merece tomarse en serio, ¿verdad? Cuando más confiados estamos recibimos la herida mortal en medio del corazón.

—No lo comprendo...—repuso Mary.

—Usted se ha burlado de mí... me ha engañado... señorita manicura... Mary Meier...

Y quiso besarla, pero ella llorando le rechazó.

—¿Rechaza mis caricias porque aun no se las he pagado?—dijo, brutalmente.

—¡Es usted un miserable!

Apareció un criado quien dijo a Mary:

—El señor cónsul espera a la señorita en el reservado número catorce.

Limpiándose las lágrimas, Mary se alejó, mientras el conde volvía a beber una copa de champaña para olvidar su desilusión.

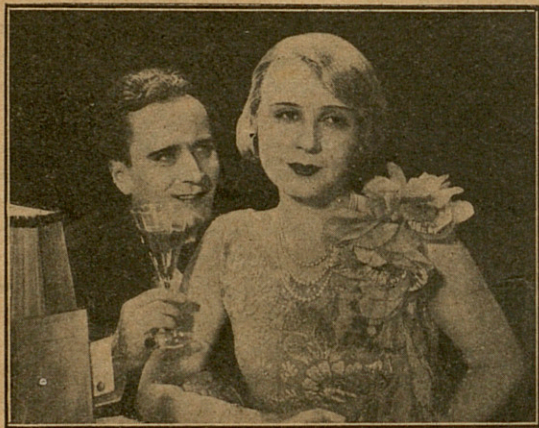
Apareció instantes después el cónsul Saaden quien calmando la indignación del conde, le explicó:

—Por mi honor le juro que Mary es digna de su amor. No es mi sobrina ciertamente. Pero he decidido adoptarla por hija y nombrarla heredera de mis bienes.

Y le contó con todo detalle el por qué de

aquella conspiración tramada para escarmentar a su esposa.

Convencido el conde de la verdad de aquellas afirmaciones importándole ya poco que Ma-



—*La vida no merece tomarse en serio...*

ry hubiese sido manicura, corrió con Saaden hacia el reservado donde hacía un rato estaban Mary y Laura observándose mutuamente en silencio dirigiéndose miradas mortales.

—Vamos, querida Laura. Ha llegado el instante de que sepas toda la verdad—le dijo Saaden.

Y ante la estupefacción de la esposa, le contó la trama urdida contra ella.

—Era preciso acabar con tu insulsa frivolidad y darte celos. Se presentó una ocasión y la aproveché... Mas por lo demás, yo no quiero ni puedo querer a nadie más que a mi mujercita que desde hoy será la alegría de mi casa, ¿verdad? Porque supongo que habrás comprendido que es preciso que te ocupes de mí...

Ella, comprendiendo la lección, lloró y cayó en sus brazos jurando dejarse de frivolidades y "flirts" y vivir únicamente por el amor de su marido.

Y en otro lado de la estancia, el conde suplicaba a su adorada Mary:

—¿Me perdonas por haber dudado de ti, Mary? Te quiero... No me importa tu origen humilde. Convencido estoy de que no podría vivir sin ti...

—¡Te perdono... te quiero... te adoro!—dijo ella loca de felicidad, llenándole de besos.

La farsa había acabado en una dulce realidad de amor... La antigua manicura se convertía en condesa...

Y las dos parejas, ya sin rencores, pasaron aún unos días en Saint-Moritz para gozar, sin sombras de ninguna especie, el panorama blanco de la nieve, puro como sus almas...

F I N

Ha sido revisado por la Censura

¡Los éxitos del cine sonoro!

Follies 1929
Broadway Melody
Letra y música
El mundo al revés

Acaba de aparecer:

Casados en Hollywood

Precio: 50 cts.

EXCLUSIVA DE VENTA PARA ESPAÑA

Sociedad General Española de Librería,
Diarios, Revistas y Publicaciones, S. A.

BARCELONA: Barbará, 16; MADRID: Caños, 1

Tlp. Barcelona - Aribau, 206 - Teléfono 75087 - Barcelona

E
B

211